

“Las emociones juegan un papel esencial en la relación entre ciencia y sociedad”

Entrevista a Christian Plantin



Jean-Gabriel Thénot. *Testigos silenciosos*. Políptico 1.50 x 2.50 x 0.03 m. Tinta china/Papel Propalcote/madera. 1992

8

¿Están el mundo de la ciencia y el de las emociones condenados a una relación imposible? A pesar de lo que pueda parecer, cuando del discurso se trata, la respuesta es negativa. Esta es la tesis en la que lleva años trabajando el lingüista y teórico de la argumentación Christian Plantin, profesor emérito de la Universidad de Lyon 2 y exdirector de investigación del CNRS (Centre National de la Recherche Scientifique). Y la defiende, cómo no, tanto con argumentos científicos como con dosis de emoción que fluyen tanto por medio de las palabras que tanto ha estudiado y de su entonación, como del lenguaje textual, y también con ejemplos que ilustran con claridad la importancia de esta relación, sobre todo cuando se trata de vencer las reticencias sociales a aceptar ciertas demostraciones científicas.

El investigador, autor de *Les bonnes raisons des émotions* (*Las buenas razones de las emociones*), participó el pasado 22 de junio en la Jornada del Consejo de la Cultura Gallega *Las ciencias enseñan a pensar: razonamiento científico y pensamiento crítico*, coordinadas por Marilar Aleixandre, catedrática de didáctica de las ciencias y miembro de la sección de Ciencia, Naturaleza y Sociedad. Aprovechamos la ocasión para conversar con él en esta entrevista, sólo unos días antes de que más de un centenar de premios Nobel le pidieran a Greenpeace que cesara en su oposición a los transgénicos en una carta que bien podría sumarse a la lista de ejemplos de cómo comunicar la ciencia a la sociedad y un ejercicio que reúne razón y emoción.

Usted es un pionero en el estudio de las interacciones entre las emociones y la razón en el discurso argumentativo. Tendemos a pensar que en un buen discurso argumentativo no hay cabida para las emociones. ¿Es eso cierto?

Efectivamente, hay una visión extendida de que el discurso de la razón, que sería el discurso argumentativo válido, y el discurso emocional se contraponen, de tal suerte que la emoción siempre intervendría como una perturbación en un razonamiento científico. En general, está muy asentada la idea de que las emociones perturban los intercambios racionales. Y, para mí, esa idea es un punto de partida, pero no un fin. Mi propuesta de investigación intenta refutarla.

¿Cómo?

Hay varias líneas de enfoque. Ninguna de ellas es totalmente concluyente, pero indican una dirección. Una se refiere a la alexitimia, un trastorno psicológico que impide identificar las emociones propias y, por ende, expresarlas verbalmente. Si el discurso alexitímico se considera una perturbación del discurso normal, me parece muy difícil poner como ejemplo de un buen discurso argumentativo aquel que excluya las emociones. Tan simple como eso. Existe también un tipo diferente de trastorno del discurso, resultado de un accidente, que lleva igualmente a un discurso que excluye las emociones: el discurso del traumatizado, que tampoco se puede tomar como ideal.

Para reforzar su tesis, usted también se refiere a un estudio de unos colegas franceses que trabajaron con estudiantes de siete años con dificultades de expresión lingüística y matemáticas.

Sí. Lo que hicieron fue mostrar a los niños una tira cómica en la que la emoción juega un papel fundamental. Notaron que los estudiantes con estos problemas no son capaces de interpretar los signos de emoción, un rostro de horror, de miedo y esa incapacidad para identificar la emoción los lleva a no entender nada

de lo que sucede en la tira. No son capaces de establecer la relación entre el estado emocional y la situación que origina esa emoción, una buena razón para la emoción, y eso los lleva a producir informes que son un simple conjunto de descripciones parciales de cosas que no tienen sentido, que carecen de coherencia narrativa.

Pero en el caso de un discurso científico o de divulgación científica, ¿qué pueden añadir las emociones?

Esa es una pregunta un poco difícil. Trabajo en lingüística y me interesan especialmente las manifestaciones ordinarias de la emoción, tal como se expresan en las palabras, en la conversación, en el lenguaje corporal, en las que todo el cuerpo se vuelve significativo. Cuando nos centramos en intercambios discursivos comunes estamos frente al gran poder del lenguaje natural, marcado por las subjetividades. Cuando se pasa a las ciencias, hay que distinguir varias situaciones; una de ellas es la que se refiere al aprendizaje a lo largo del sistema educativo. En cuyo caso, el profesorado y el alumnado hablan la misma lengua natural, en la que se integra el hablante como sujeto de emoción. No quiero decir emocionante ni emocionado, porque son tipos diferentes, pero se produce un posicionamiento que tiene algo que ver con la emoción. Una tesis más general que definiendo es a propósito de la inseparabilidad de la razón y de la emoción [...]. Veo el lenguaje natural un poco como el padre o la madre de los lenguajes especializados, como el de la ciencia, por lo menos en el nivel del aprendizaje. Evidentemente, después estos lenguajes especializados funcionan en algún momento de forma totalmente automática y no funcionan para la expresión de la emoción, porque no tienen en su origen una situación de interacción, no tienen un “nosotros, aquí, ahora”. Esto se ve más claramente en el lenguaje matemático que sigue sus propias leyes.

Otra cosa es cuando se trata de comunicar la ciencia a la sociedad. En ese caso, ¿no tiene que volver la ciencia al lenguaje natural, a las emociones, para transmitir su mensaje con éxito?

Por supuesto. Es interesante ver cómo la argumentación emocional reaparece en las polémicas científicas. En ellas los científicos deben emplear un lenguaje común y reaparecen las declaraciones de emoción y de atribución de emoción más fuertes. Esto se da con mucha fuerza, por ejemplo, en las discusiones en las que se refuta la teoría de la evolución. Otro caso que ilustra bien esto y que me gusta emplear es la de un café científico en la ciudad brasilera de Belo Horizonte en el que un experto en salud pública pretendía concientizar a la gente sobre cómo protegerse del dengue. De entre el público una mujer replicó que lo que quería era arruinarla haciéndola comprar cosas cuando podía protegerse con sus propias infusiones. Es un ejemplo de confrontación muy dura y requiere que el científico acepte dejar su lenguaje especializado y volverse una persona común. Se requiere también afrontar ese tipo de situación.

Es un ejemplo especialmente duro por las consecuencias que puede llegar a tener el dengue, pero en cualquier sociedad hay cientos de creencias incompatibles con el conocimiento científico asentado.

Así es. En una ocasión acudí a un café científico en Chambéry (Francia) con astrónomos. Fue fantástico; reunió en un gran bar a unas ciento cincuenta personas. Es importante llevar este tipo de encuentros fuera de la universidad, porque los cafés son lugares como el mundo. Todas las personas tienen derecho a su sitio, a su palabra, a la discusión. Pues bien, a medida que avanzaba la noche, entre el público se expresaron creencias bastante raras. ¿Y qué puede, qué debe decir un especialista ante la gente normal que se resiste a aceptar la demostración científica? Para mí, estas situaciones representan uno de los dos mayores

desafíos del contacto entre ciencia y sociedad, y en ellas las emociones juegan un papel esencial. Tengo verdadera admiración por los investigadores que intentan explicar bien lo que hacen y sus resultados. Actúan como ciudadanos responsables informando a la sociedad los resultados que la ciencia tiene sobre ella.

Como en tantas cosas, el éxito dependerá de que seamos capaces de generar empatía, ¿no? Y a veces los discursos desde el escepticismo científico parecen provocar una emoción contraria en las personas que tienen fe en las pseudociencias.

La empatía es la base porque de lo que se trata es de conseguir reconstruir el discurso de esas personas que, por ejemplo, creen cosas que les afectan su salud. Pero, ¿qué pasa cuando se toca con la prueba científica algo que define sus identidades? No tengo una solución, pero pienso que es más importante llevar la ciencia a lugares comunes como los cafés, explorar experiencias como las que mencioné. Espacios como las universidades o el Consejo de la Cultura Gallega son lugares “de verdad” en los que sistemáticamente hay una preferencia por los científicos. En contextos como estos, son los opositores o los “pseudocientíficos” los que soportan la carga de la demostración, mientras que en un café esta recae sobre los especialistas que tienen que recurrir al lenguaje común para probar lo que quieren decir.

Usted habla de las buenas razones de las emociones, pero vivimos en un tiempo de discursos con demasiadas emociones y pocas razones. Lo vemos con mayor frecuencia en los medios de comunicación, en las campañas electorales. ¿Cada vez es más complicado el equilibrio?

Muchas emociones están vinculadas a una representación del mundo. ¿Qué podemos hacer ante aquellas que nos parezcan erradas o falsas? Para improvisar una estrategia, yo diría que hay que rectificar la representación



Jean-Gabriel Thénot.
Testigos silenciosos. 1.60 x 1.60 m.
Tinta china/madera. 2012

subyacente. Voy a emplear otro ejemplo. Pensemos en la afirmación: “odio a los inmigrantes porque son todos unos criminales”. A quien diga eso de nada le vale que le respondas: “no debes odiar”; lo que hay que intentar hacer es rectificar la representación de los inmigrantes que soporta esa afirmación, ir a la descripción, no enfrentar emoción con emoción. Me parece que es una estrategia posible. Otro asunto fundamental es aprender el control de las emociones; pienso que es una tarea pendiente de la educación.

¿Y puede ayudar el lenguaje en el control de las emociones asignándoles palabras?

Sí, es una dimensión más importante, como comenté en el caso de los niños que tenían que resumir la tira de comic. En mi opinión, el teatro también puede ser una buena herramienta

para la educación de las emociones, tanto para desarrollar las capacidades para expresarlas, como para comprenderlas.

Christian Plantin. Profesor emérito de la Universidad de Lyon 2 y exdirector de investigación del CNRS (Centre National de la Recherche Scientifique). Su investigación se centra en temas como las interacciones, el discurso y la pragmática (sobre todo el argumento), el lenguaje y el discurso y la expresión del lenguaje de las emociones. Algunas de sus obras publicadas en español son: *La argumentación*; *La argumentación. Historia, teorías, perspectivas* y *Las buenas razones de las emociones*. La entrevista aquí incluida fue publicada en *Culturagalega* el 01 de agosto de 2016, disponible en línea: <http://www.cultura-galega.org/noticia.php?id=26531>.